

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 26 de octubre de 2011

Texto de referencia: *El sentido religioso*, capítulo décimo, Encuentro, Madrid 2008, pp. 145-157. «Vivir siempre intensamente la realidad», *Huellas*, n° 9 (2011).

- *Il mistero*
- *Alecrim*

Gloria

Continuando nuestro trabajo sobre la Escuela de comunidad, quisiera empezar leyendo algunas cartas que ponen de manifiesto la dificultad con la que muchas veces tropezamos. Me escribe uno de vosotros: “Me resulta evidente el asombro por la presencia de las cosas. La naturaleza me impacta, mi mujer y mis hijos me asombran, una tarde especial con los amigos me sorprende, suscita en mí una sincera gratitud por lo que se me da, las cosas bellas me reclaman a su Creador. Pero la distracción y las preocupaciones –dificultades en el trabajo, relaciones laborales a menudo marcadas por un único criterio de juicio, la rentabilidad (más aún en este tiempo de crisis en que no hay nada de lo que alegrarse), el estrés, incomprendimientos en la familia, incertidumbre ante el futuro...– ponen de manifiesto que mi asombro ante la realidad es fluctuante e inseguro. El resultado es un distanciamiento de las cosas, una falta de interés que me vuelve un hombre triste, una incapacidad para reconocer algo positivo en cualquier situación, incluso en las que son aparentemente hostiles. Ciertamente es un problema de fe, y me gustaría que me corrigieras. Pero, te pregunto: ¿Cómo es para ti? ¿Puedes ayudarnos a dar un paso adelante?”. Me parece que esta carta describe muy bien la situación de todos: en algunos momentos no podemos dejar de ser golpeados o provocados por la realidad, pero luego, todas las dificultades, las distracciones, las preocupaciones, las pruebas en el trabajo, las relaciones, etc., hacen titubear este juicio. Entonces el resultado está claro: me distancio de las cosas, me vuelvo triste. Si esto prevalece, al final vivimos como todos los demás: cuando las cosas van bien, vale; cuando no es así, todo va mal. En esta situación lo que al final se pone en entredicho es el juicio: ¿La realidad en última instancia es verdaderamente positiva o no? ¿Todas estas cosas hacen que dudemos o no? La carta concluye diciendo que “ciertamente es un problema de fe”. ¿Qué os parece? Yo digo: no, no es un problema de fe, ¡es un problema de razón! Es éste el desafío fundamental que nos lanza don Giussani en el capítulo décimo, a cada uno de nosotros. Cuando todo el décimo capítulo de *El sentido religioso* dice que la realidad, con todas su radicalidad y su imponente, es positiva, ¿dice algo verdadero o no? Éste es el juicio que tenemos que dar, porque de lo contrario seguimos dependiendo de cómo van las cosas y entonces “las dificultades ponen de manifiesto que nuestro asombro ante la realidad es fluctuante e inseguro”. Por esto emerge una pregunta radical: ¿La realidad es verdaderamente

positiva o no? ¿Depende de cómo van las cosas o no? Sabemos bien que, si depende de cómo van las cosas, cuando van bien, vale; pero cuando no van bien (y a menudo no van bien) surge el problema. Entonces, ¿somos unos visionarios cuando decimos que la realidad es positiva? Cada uno puede comparar lo que dice don Giussani con su experiencia, porque esto es hacer Escuela de comunidad: ¿Podemos decir con paz, con certeza, con un uso pleno de la razón que la realidad es positiva o nos encontramos, como dice esta carta, en esta situación fluctuante? Cuando nos encontramos ante situaciones difíciles, ¿cómo reaccionamos? Ante una enfermedad o ante la crisis, ante las dificultades en las relaciones o en la familia, ¿estamos verdaderamente convencidos de que la realidad es positiva o seguimos diciéndolo sólo por una testarudez voluntarista (y “tenemos que decirlo porque somos del movimiento, porque somos cristianos”)? ¿Podemos decirlo con un uso pleno de nuestra razón? ¿Entendéis el desafío que nos espera? No podemos renunciar a afrontarlo porque, si no hacemos este trabajo, incluso si acudimos aquí cada 15 días, este problema no se resuelve (y por lo tanto nuestro juicio seguirá dependiendo de cómo nos van las cosas...). ¿Depende el juicio sólo de nuestra sensibilidad fluctuante? Que este papel es blanco, ¿es verdad o depende del estado de ánimo con que yo lo miro? Es un juicio. Mi enfermedad, mi dolor de muelas o el hecho de que he perdido el trabajo, en fin, mi situación contingente, ¿puede poner en discusión un juicio? Si decimos que se introduce una sombra sobre el juicio, quiere decir que no hemos aprendido todavía qué es un juicio. Por esto nos interesa entender bien qué es un juicio. Porque la realidad existe, y es la que es tenga el rostro que tenga. La realidad no depende del estado de ánimo que tengamos. Tenemos que volver a aprender ciertas cosas de las que, sin embargo, hablamos, por ejemplo, qué es un juicio (porque, en cuanto sucede algo en la vida, vemos que no lo tenemos tan claro). ¿Y por qué? Lo dice muy bien una segunda carta: “Querido Julián, volviendo a leer tu intervención en la Jornada de apertura de curso, me he dado cuenta de que se me escapa el ir al fondo de mi razón hasta alcanzar ese Tú real del que nazco. Muchas veces no experimento el impacto que producen las cosas o no soy consciente de ello; otras veces sí. ¿Qué es ese uso de la razón del que nos hablas? Es un uso que, me atrevería a decir, no conozco. En mi experiencia, sigue siendo abstracto pasar del impacto de la realidad al Tú, del manantial a la fuente. A veces, en ciertas circunstancias se impone un Tú real en mi vida, pero no dura. Nada parece quitarme de manera definitiva esa incertidumbre última: ningún marido, ningún hijo, ningún cielo, ninguna hoja, ni siquiera el dolor. Cuando el Acontecimiento sucede, me arranca de mis ideas sofocantes, me abre de par en par a la belleza de la vida, al amor de Cristo, a la gratitud para ser salvada una y otra vez; me vuelvo a despertar, sí, durante un rato, pero luego todo se vuelve a cerrar. La cosa va mejor cuando soy fiel a la Misa diaria, pero ni siquiera esto es decisivo [porque muchas veces ‘utilizamos’ la Misa para no utilizar la razón]. Me cuesta mucho creer que exista un uso de la razón capaz de cambiar mi percepción carnal de las cosas, de influir sobre mi manera de ver, sobre la dimensión de mi yo; sigue existiendo una división”. Creo que esta carta expresa muy bien la dificultad. ¿Por qué? Porque, para nosotros, este uso de la razón es desconocido. Cuando hablamos de “positivismo”, no estamos hablando de una palabra complicada, alejada de nuestra experiencia; estamos describiendo lo que a menudo llevamos encima: un uso de la

razón que se queda solamente en lo aparente. Por ello, el paso del impacto que nos producen las cosas al Tú, del manantial a la fuente, permanece abstracto, entonces pensamos que decir “Tú” sea algo añadimos nosotros a la realidad, porque somos un tanto visionarios. Y al afirmar este Tú sólo como voluntarismo (“porque lo decimos nosotros”), no dura. Si digo que “este papel es blanco” emito un juicio, es un acto de reconocimiento; por tanto, me puedo relajar, puedo descansar, porque seguirá siendo un papel blanco incluso dentro de cinco años. Este papel no debe ser blanco porque yo digo que es blanco; si fuera así, no permanecería. Pensad si pasamos de este ejemplo a lo que estamos comentando: del impacto de las cosas al Tú, del manantial a la fuente. Muchas veces, en efecto, planteamos esta objeción: “¿Por qué debo añadir el Tú?”; nos parece una complicación –lo decíamos en la Jornada de apertura de curso–, parece que decir “Tú” es algo que añadimos nosotros por una costumbre voluntarista (y por lo tanto otros, que no estén acostumbrados a lo mismo, dicen: “La nada”, “La realidad remite a la nada”). ¿Veis que podemos estar aquí y no dar este paso, no hacer este trabajo? Si no aceptamos la propuesta, que nos hace Giussani, de un uso verdadero y completo de la razón, luego, ante la realidad permanecemos en esta incertidumbre última – es tremenda la agudeza de nuestra amiga: luego, no hay ni marido, ni hijo, ni cielo, ni hoja, que me pueda dar la certeza que no tengo. Entonces, ¿entendéis qué vínculo existe entre el encuentro con Cristo y el uso de la razón! Si el encuentro con Cristo no despierta la razón y no la introduce en la realidad entera – nosotros estamos juntos para aprender a usar la razón así, para ayudarnos y sostenernos en este uso de la razón según su verdadera naturaleza –, todo lo que hacemos, incluso el acudir aquí cada 15 días, es inútil, porque no logra cambiarnos sustancialmente; al cabo de un tiempo, dejará de interesarnos, porque, si uno ve que no cambia, pierde el interés incluso por lo que dice tener, es decir, por la fe. Por tanto, una fe que no nos lleve a usar la razón diversamente no sólo deja intacto nuestro positivismo, sino que también nos volverá escépticos, en cuanto que la fe no se muestra capaz de volver a despertar toda la capacidad que la persona tiene de reconocer la realidad. Entonces, uno tiene que plantearse esta pregunta: ¿La presencia de las cosas (el hecho de que las cosas existan) implica verdaderamente la existencia de algo distinto o es sólo una forma de hablar? ¡Empecemos a usar la razón! Partamos de un ejemplo fácil y que hemos escuchado muchas veces, el de las flores. La presencia de un ramo de flores en mi mesa, ¿implica que alguien me lo ha regalado o no? La presencia de la persona amada, ¿la creas tú o implica que existe algo distinto? ¿La presencia de la realidad la creamos nosotros, se crea por sí sola o implica algo distinto? O empezamos a plantearnos estas sencillas preguntas para no quedarnos atrapados en un uso reducido de la razón, o en el fondo nuestra fe será siempre algo añadido a un yo – como digo siempre – ya perfectamente constituido; como si fuera un sombrero que me pongo en la cabeza, que en el fondo es sólo decorativo, que no cambia ni manera de mirar, que no cambia la realidad de las cosas. Si es así, la mayoría de las personas puede prescindir de este sombrero que en el fondo es un añadido innecesario, no es decisivo para vivir. Ésta es la verificación que estamos realizando desde el pasado 26 de enero: o el cristianismo es capaz de volver a despertar la razón de manera que pueda reconocer la realidad tal como es, o seguiremos en una incertidumbre permanente, y entonces la división seguirá intacta. Lo

describe muy bien otra carta: “Hay otra cuestión que me reconcome: el fluctuar del afecto [si no llegamos a tocar la realidad en su origen, nuestro afecto permanece fluctuante]. Quiero entender cómo estar ante las cosas que me determinan afectivamente de manera que me hablen más de la Presencia que las hace, que me desvelen Su rostro”. En efecto, si no llegamos a aferrar la realidad, el afecto fluctúa: ahora es así, al cabo de cinco minutos será asá, y nos quedamos dependiendo de cualquier cosa. Por ello, si no empiezo, no tanto a repetir las frases, sino a aprender un uso correcto de la razón, cuando entro en la lucha, me veo sofocar en las circunstancias, me quedo derrotado. Pero, ¿esto lo es todo o el hecho de que yo exista, aunque sea sofocado, estando triste, yo, precisamente yo, ahora, en esta situación, implica un Tú que me hace? Porque es entonces cuando yo he empiezo a mirarme a mí mismo como querido por Otro, más allá del sentimiento que tengo. Es precisamente reconocer que Otro me hace lo que puede cambiar mi sentimiento. Nosotros, en cambio, concebimos las cosas al revés, antes tiene que cambiar el sentimiento que tenemos, porque esto sería lo que me convence de que mi yo existe. No. ¡Es la razón la que me convence que existe el Tú que me hace, y, por ello, puede cambiar el sentimiento que tengo! Pero nosotros damos la vuelta a los términos y así acabamos siendo víctimas de los estados emocionales, de los cambios del sentimiento. Así lo describe otra carta que leo: “He decidido escribirte porque me he atascado en un punto del trabajo sobre la Escuela de comunidad del que no logro salir. Parto de mi experiencia. Actualmente estoy jubilada, mis hijos son adultos, no tengo nietos; ciertamente puedo disponer de mi tiempo según criterios que me agradan. En resumen, dispongo de un largo período de vacaciones. Me he comprometido a ayudar a personas que pueden necesitar me – soy médico –; colaboro en la formación del personal de enfermería, en consultas gratuitas; lo que hago, lo hago con gusto, no me ha obligado nadie, decidí yo hacerlo... Pero ha surgido en mí una pregunta: ¿Los compromisos que he adquirido pueden dar un sentido a mi jornada? La respuesta es no. No son el significado de mi jornada, porque aunque hiciera otras cosas... incluso la relación con mis hijos diría que no puede dar el significado a mi jornada; me doy cuenta de que deseo algo distinto, algo grande, algo que pueda llenar hasta el fondo mi corazón, y por la mañana me levanto deseando que este algo grande pueda acontecer. La cuestión para mí es ésta: para que Cristo sea una experiencia verdadera debe acontecer ahora, debo poderlo encontrar ahora, y yo vivo esperando que acontezca ahora, pero no Lo encuentro en lo que vivo y a mí esto me parece una contradicción. No me asusta el deseo infinito que tengo, porque, trabajando sobre la Escuela de comunidad, he entendido realmente que advertir una carencia es algo positivo (porque uno advierte que le falta algo que ha experimentado y conocido; no podría echar de menos algo que no conoce). Dime, ¿cómo puedo seguir trabajando para ser cada vez más verdadera?”. ¿Veis cómo no vemos las cosas presentes como presencia? Esta amiga nuestra, que advierte este deseo de infinito, ha empezado a entender, pero todavía no lo entiende hasta el fondo. Dice que este deseo infinito es algo positivo, ¿por qué? Porque ha experimentado y conocido algo. Desear el infinito es ya el primer signo de Su presencia en nosotros, aunque uno no se dé cuenta. Al no usar la razón según su naturaleza, no damos ese paso del impacto del ser al Tú, del manantial a la fuente, del reconocer nuestro deseo infinito a reconocer Aquél que me

da este deseo infinito, a Aquél que me lo vuelve a despertar continuamente (porque a su edad, ya jubilada, muchos son ya totalmente escépticos). Que uno tenga todavía tan vivo este deseo de infinito hace que nos preguntemos, ¿este deseo se lo da uno a sí mismo o es algo presente como presencia? Es éste el modo en que yo empiezo a reconocer que existe Uno que me vuelve a despertar otra vez. Como decíamos la vez anterior, si uno se encuentra ante este deseo tan imponente de infinito, debe preguntarse legalmente: pero, ¿este deseo de infinito lo despertamos nosotros mismos, que somos pobre gente, o es el primer signo de su presencia? En este punto nos queda todavía mucho trabajo por hacer, como dice esta última carta: “He entendido el punto donde me he quedado atascada durante años [¿y cuál es este punto?]. He utilizado siempre mi pensamiento religioso y las palabras del movimiento como una coartada para no trabajar. Más o menos inconscientemente, el hecho de pensar que conocía la respuesta a mi necesidad humana, Jesucristo, me ha bloqueado en la búsqueda. He repetido “Cristo” sin buscar nada verdaderamente. Me lo sabía ya, y esto [fijaos en la consecuencia] me lo ha hecho sentir cada vez más extraño y “antipático”; yo, por otro lado, estaba cada vez más escéptica, miope y desilusionada [una fe sin sentido religioso, una fe que en lugar de despertar el sentido religioso, lo adormece, porque pienso que ya me sé las cosas, lleva al escepticismo, a la miopía y a la desilusión]. Recuerdo cómo reaccioné hace años al título de los Ejercicios: “Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura”. Secretamente yo me pregunté: pero, ¿cuándo? Jamás respondía a mi nostalgia y Su pretensión se hacía cada vez más insoportable porque me desilusionaba. Me quedé en el movimiento por inercia, aunque, gracias al Cielo, tú y los demás amigos no habéis dejado de hacer vibrar en mí algo que es mi yo más profundo, centro de toda mi persona; y yo sé bien que sola no sabría mantenerme a este nivel. Tu continua insistencia me ha hecho entender que lo que está en juego es realmente la posibilidad de algo grande para mí, y he decidido seguir. Al seguir de verdad, he entendido que no había seguido nunca, porque en el fondo no me había interesado nunca descubrir nada ni de mí misma ni de la realidad; siempre me he conformado con la convicción de otros [repitiendo cosas que descubrían otros]. Pero al corazón esto no le basta. Me he observado en acción: ¡qué espanto! Artificiosa, no libre en las relaciones, siempre buscando el consenso [porque si uno no descubre algo verdadero está siempre pendiente del consenso de los demás], parada en mí misma, despiadada en el juicio sobre los demás. Seguir. He tomado en serio la Escuela de comunidad y sus avisos, empezado a dedicar mi tiempo a la lectura atenta de los textos, y he tratado de participar lo más posible en las iniciativas que se proponen. Seguir. La oración: he empezado a ir a Misa todos los días, pidiendo que se me desvelara Su verdadero rostro y el mío. El origen de todos estos “seguir” ha sido y continúa siendo la sincera petición de que algo de mí y de la realidad se desvele ante mis ojos [que es lo que nos pone en marcha, la conciencia de que somos necesitados, cuando somos verdaderamente conscientes de la necesidad que tenemos empezamos a movernos]. El choque y el encuentro con la realidad me han hecho ver mi impotencia para retener lo que me apremia, no soy capaz de salvar nada de mi jornada, y las personas a las que quiero se me escapan. Me veo obligada a buscar algo que me salve a mí y a mis seres queridos. Trabajando así [¡trabajando!], el día a día se vuelve interesante, las sugerencias que me hacen cobran

valor de indicaciones autorizadas, sería una necedad no tomarlas en consideración; las palabras que leo y escucho entran en diálogo con mi búsqueda y empiezo a buscar una compañía que me ayude en esto. Sigo titubeando, pero encuentro el coraje de plantear entre algunos amigos ciertas preguntas, y ya sin el afán de decir la cosa justa, sino de descubrir el nexo entre Él y yo, me libero de la imagen de mí misma que me he construido y me descubro libre en la relación con los demás. La aventura ha vuelto a empezar [es así: la aventura vuelve a empezar cuando nos dejamos generar por el carisma, es decir, cuando lo tomamos en serio, cuando sencillamente empezamos a seguir]. He recuperado el interés por todo, cada momento supone un paso [cada momento es un paso del camino], no una serie de instantes enrevesados; me sorprende mirándome con ternura, sin espanto, y me conmuevo del hecho que incluso podría enamorarme de Aquél que logra que esté tan a gusto conmigo misma. Ya que te he escrito, aprovecho la ocasión para pedirte que me confirmes en este camino”. Pero la confirmación la tiene ella, la tiene en la experiencia que está haciendo. Como dice Giussani, la fe es una experiencia presente en la que uno encuentra la confirmación de la verdad, al igual que le sucede a ella: la aventura ha vuelto a empezar, la realidad ha recobrado su interés, las sugerencias su autoridad, cada momento es un paso; ya no necesita una confirmación “externa” de la autoridad, porque al seguir, la autoridad está dentro de su experiencia. Y en esta carta aparece de manera solar. Al comienzo, en la primera parte, hacía una cierta referencia a la autoridad, externa, porque todavía no había implicado su persona; ahora, se ve que la autoridad forma parte de su experiencia, ¿en qué se ve? En que cambia la experiencia. La experiencia misma lo demuestra. ¿Por qué? Porque la experiencia es totalmente distinta. Como digo siempre: los ingredientes son los mismos, la menestra es distinta. ¿En qué se ve? En la misma experiencia. Ella lo dice sintéticamente con una palabra: seguir. Cambia la experiencia. Antes era una seguir sin tomar en serio la propuesta – no es que estuviese en contra, no es que hiciera cosas muy distintas, simplemente no tomaba en el serio las hipótesis de trabajo para comprobarlas –; en un momento dado, por la necesidad que tenía ha empezado a tomarlas en serio y entonces, empezó la sorpresa. La sorpresa, porque es una sorpresa para ella ver que ahora empieza una aventura que antes estaba bloqueada. Al leer vuestras cartas, me llaman la atención porque dicen, mejor que cualquier explicación, lo que es la vida. Gente normalísima, como cada uno de nosotros, que simplemente toma en serio lo que nos decimos y empieza a comprobarlo, a vencer, a responder a cada circunstancia, a usar la razón de manera distinta, a no fluctuar como antes, a experimentar una plenitud y una intensidad antes desconocidas. Lo digo porque es una esperanza para todos. No lo dice un tipo extraordinario, no; lo dice una persona como nosotros. ¿Cuál es la diferencia? No es un rol, ni un cargo, ni la responsabilidad que desempeña, es sencillamente que toma en serio la propuesta y entonces sucede lo que acabo de decir. Yo soy el primero en quedarme sin palabras ante lo que sucede en las personas cuando empiezan – como dice ella – a seguir.

Quería contar cómo el trabajo sobre la Escuela de comunidad ilumina la experiencia de mi vuelta a la enseñanza tras un año de ausencia. He descubierto que un uso no reducido de la

razón tiene que ver con la posibilidad de experimentar una novedad continua y de retomar el camino en cada instante. Los primeros días de mi regreso al colegio estaba muy preocupada. Por un lado, tenía miedo de no aguantar físicamente, por otro, me quedaba la sospecha de que volver a la vida normal fuese algo menos con respecto a la posibilidad de “vivir intensamente la realidad”. El año anterior había vivido algunos hechos excepcionales durante mi enfermedad, y temía que volver a la vida normal significara, de alguna manera, algo menos. En la última Escuela de comunidad, cuando nos dijiste que el cristianismo es el modo subversivo y sorprendente de vivir las cosas normales, entendí que había apartado ya la Jornada de apertura de curso y estaba centrada en otra cosa. Esto me interrogó mucho con respecto a mi regreso al trabajo. Es verdad que el cansancio aumentaba, pero esto me ha obligado cada día a verificar el valor de cada momento contingente, porque nunca me había dado cuenta cómo ahora de que si yo estoy de pie es sólo y únicamente porque me apoyo en Otro, y esto lo veo todas las mañanas cuando voy al colegio. Luego empecé a observarme en acción, y me di cuenta de que, con respecto al pasado, había toda una serie de cosas que este año hacía de manera distinta: interrogar a los chicos, corregir las tareas, tratar a algunos estudiantes particularmente difíciles. Empecé a preguntarme el porqué. El año pasado no hice ningún curso particular, no me ocupé del método de enseñanza y, al volver al colegio, no tenía programado cambiar nada. Descubrí entonces que el cambio nacía de la mayor certeza que yo tenía por todo lo que había visto; ahora, al entrar en clase, estaba segura de que hay Alguien que vence y que yo estoy llamada, en primer lugar, a reconocerlo. Esto me ha liberado de la sospecha de que volver a la rutina no fuera una ocasión para vivir intensamente la realidad. Además, me hizo sentir unidas dos cosas que para mí estaban divididas, es decir, mi enfermedad y mi trabajo, me hizo pensar en la posibilidad de retomar realmente el camino en cada instante. Cuando me doy cuenta en un instante de que “yo soy Tú que me haces”, se vuelve a abrir una posibilidad que, de otra manera, decae fácilmente. Aunque yo no soy una persona que se rinda ante las dificultades, estoy descubriendo que hay una forma de afrontarlas que es un propósito tuyo, que yuxtaponen a la realidad, y esto, al cabo de un tiempo, te deja agotada; si las cosas van bien, tu propósito te vuelve ansiosa, te desgasta, y exaspera al otro, porque no miras lo que tienes delante, sino que persigues algo que tienes en la cabeza. La semana pasada, pasó una cosa que me iluminó en este sentido. El día de la tormenta tremenda que calló sobre Roma, llegué al colegio medio muerta, como muchos romanos, y en el colegio había un caos total (no había luz, los alumnos llegaban destrozados); mi primer pensamiento fue que era un día perdido, porque en estas condiciones es imposible dar clase. Luego, dándome cuenta de lo que pensaba, entendí que mi razón ya se había dejado arrastrar por la tormenta, porque creía que no había nada que hacer en esa situación. Entonces me dije: “¿Quién me impide tratar como presencia a estos chicos que han conseguido llegar al colegio?, ¿quién me lo impide?”. Desde ese momento, simplemente en los diálogos que nacían en la clase de Historia o en el trabajo que tocaba, sucedieron cosas muy interesantes. Cuando salí del colegio estaba contentísima, no porque había logrado dar clase y por lo tanto no había perdido tiempo, sino porque – por utilizar la imagen que utilizaste tú la vez anterior –, de

alguna manera, había atravesado las turbulencias. Haberme arriesgado a tratar esa situación como presencia, me ha permitido salir más contenta incluso en días en los que muchas cosas me hieren y me hacen sufrir. Ante muchas cosas que no entiendo y me hacen sufrir, estas experiencias – con respecto al uso de una razón más amplia – me hacen más segura de que, pase lo que pase, yo estoy siendo hecha en cada instante, y esto me sostiene y me libera continuamente.

¿Qué tiene que ver esta conciencia con tu enfermedad? ¿Por qué tu enfermedad ha sido algo bueno?

Ha sido algo bueno porque en esa circunstancia, que yo no he elegido, me he dado cuenta realmente de que había Alguien que me hacía en cada instante, y que esa situación me permitía verificar mi fe continuamente. Ver que había Uno que me acompañaba, me ha cambiado, de tal manera que me he visto cambiada también en la manera de trabajar.

Cuando decimos que la circunstancia es positiva, estamos diciendo esto; estamos diciendo que vivirla de una determinada manera nos hace ser más nosotros mismos, tanto es así que podemos vivir la rutina de una manera distinta a como lo hacíamos antes; las circunstancias no son sólo un momento que tenemos que sobrellevar sino que pueden introducir una mirada nueva sobre uno mismo, tanto es así que puedo empezar a dar clase de manera distinta y afrontar la vida diaria sin ninguna reducción, porque la enfermedad (la dificultad) me ha obligado a no quedarme en la apariencia, a usar la razón para poder vivir de manera más verdadera. Y se ve que uno lo ha aprendido porque, cuando acaba un cierto período, continúa usando la razón de manera distinta: ha asimilado, ha hecho suyo un modo nuevo de estar ante la realidad.

En estos últimos tiempos, a menudo me he visto caer en la cuenta de las cosas presentes como presencia. Por ejemplo, yo estudio un doctorado y tengo un compañero que no soporto. En un momento dado, en lugar de mirarle queriendo que hiciera lo que yo digo, me paré y me di cuenta de que él estaba allí, y que todas las cosas que a él le interesan, y que a mí, a lo mejor, me interesan menos, podían ser para mí una ocasión de aprender lo que a él le gusta. Sin embargo, no hice nada para que esto sucediera. Entonces, mi pregunta es ésta: ¿Qué trabajo tengo que hacer para darme cuenta siempre de que las cosas son una presencia? ¿Qué significa educar la razón a abrirse al lenguaje del ser? Mientras pensaba en esto, me pasó una cosa que quizá me hizo entender un poco la respuesta, pero quería pedirte ayuda. Ayer, estaba en el metro y leía el texto de la de la Apertura de curso, en un momento dado, entra un hombre que toca el acordeón, y yo empiezo a pensar: vaya, estaba leyendo y ahora éste me molesta, me interrumpe. Intenté centrarme en el texto. Luego, pensé: pero, ¿qué me está diciendo Carrón? ¿De qué estamos hablando? De mirar las cosas como presencia, mientras yo a éste ni le he mirado; entonces, levanté los ojos y me puse escucharle. Me parece que hacer seriamente el trabajo de la Escuela de comunidad, de alguna manera, me ayuda a mirar las cosas como presencia. Quería entender si hay algo más; si es esto o hay algo más.

Es así, si no nos quedamos sólo en la apariencia. ¿Qué significa reconocer las cosas presentes

como presencia? ¿Qué significa que una hoja, que está allí, callada, y no te molesta – entonces, ni siquiera puede obligarte a mirarla, a hacer un trabajo, porque no dice nada, no te molesta –, grita una presencia? Significa que empezamos a entrever las cosas presentes sin darlas por descontado, tratando de ensimismarnos, para experimentar en qué podría convertirse la vida si empezamos a darnos cuenta de que no damos nada por supuesto, nada, nada, nada, ninguna cosa, ¡nada! Es decir, a mirar las cosas presentes como presencia. En lugar de la hoja, poned cualquier otra circunstancia, y, por muy dolorosa, sofocante, o difícil que sea, tratad de mirar, también en esa situación, las cosas presentes como presencia. Cuando estáis bloqueados o estáis sufriendo, ¿dejan las cosas de estar presentes? Si miráramos las cosas presentes como presencia, ¿qué respiro entra en ese instante en el que nos sentimos sofocados! Si no vislumbramos qué ventaja tiene hacer este trabajo, ¿quién nos lo manda hacer? Si no intuimos qué es lo que ganamos en la vida al hacer este trabajo que nos propone don Giussani – que, como veis, no es otro del que nos propone el Papa –, jamás colmaremos la distancia que nos separa de sus preocupaciones educativas, ¡es tremendo! En seguida, nosotros pensaríamos que cualquier otra cosa es más importante, pero ellos insisten en ello sin parar. Y esto a nosotros nos cuesta mucho. Por tanto, si a través de los ejemplos y los testimonios que leo, no intuimos lo que este trabajo puede aportar a nuestra vida, ¿quién nos lo manda hacer? Como dijimos en la Apertura de curso, si te ahogas en la circunstancia, es porque eres un positivista. ¿Te ahogas? No te enfades con la circunstancia, no te enfades con tu mujer o tu marido, no te enfades con tu jefe en el trabajo, no te enfades con algo que está fuera de ti. ¿Te ahogas? Eres positivista. El jefe puede ser así, tu mujer puede ser así, tu compañero puede ser así, una circunstancia puede ser así, pero ninguna de estas cosas puede impedir que vivas esta circunstancia sin una razón positivista, sino empezando a respirar; de lo contrario, lo único que puedo hacer es aguantar, esperar, aguardar a que suceda algo... No, yo puedo empezar a vivir cualquier circunstancia de un modo distinto, ¡porque ésta es la novedad que ha introducido Cristo! Ha introducido una novedad en la vida que me permite usar la razón según su verdadera naturaleza, y por tanto empiezo a mirar – como dice Giussani – las cosas presentes como presencia. Sin esto, ¿cuál sería la conveniencia humana de la fe? No se nos ha prometido que se nos ahorrará la fatiga que tienen que hacer todos. ¿Por qué deberíamos perder el tiempo y estar aquí esta tarde, si no es para ayudarnos y sostenernos en un uso de la razón, en un modo de vivir la realidad según su verdadera naturaleza? Lo ha dicho el Papa: la razón y la naturaleza en su recíproca relación –sólo una razón en relación con la realidad puede no ser reducida–, y una realidad en relación con la razón puede no ser sofocante. Sin esto viviríamos como todos, y el cristianismo sería tan sólo un añadido que no cambia nada, que no cambia – como decías tú – la rutina diaria. Pero nosotros hemos visto a un hombre que podía seguir afirmando la positividad de la realidad incluso a los 80 años, y todos sabemos el dolor que soportaba. Un testimonio como el suyo, ¡podría introducir por lo menos alguna fisura en nuestra monolítica convicción de que “no hay que hacer nada”! ¡Y el deseo de seguir este camino! Tenemos que ayudarnos a pedir que esta intuición se concrete, de manera que también nosotros podamos respirar a pleno pulmón en cualquier situación como don Giussani.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles **9 de noviembre** a las 21.30h. Retomaremos el capítulo undécimo de *El sentido religioso*, en el que se centraron los Ejercicios de la Fraternidad. Os invito a leerlo.

Como habéis visto en la página web de CL, ha salido un documento que expresa el juicio del movimiento de CL sobre la situación actual: «La crisis: un desafío para cambiar». Se trata de un ejemplo de lo que estamos diciendo, es decir, un intento de mirar la realidad a partir de lo que hemos dicho esta tarde, ya que, si ante las montañas y ante las estrellas no podemos dejar de afirmar que la realidad es positiva, ¿por qué podemos afirmarlo también ante la crisis? ¿Qué dice en resumen este manifiesto? Ya empezamos a recibir algunas reacciones a nuestro juicio público: «El juicio sobre la crisis me ha llegado como una corriente de aire fresco. Por fin una ayuda concreta para mirar esta circunstancia, que todavía no me ha tocado personalmente, pero que afecta a muchas personas a mí alrededor y que se cierne amenazante en el horizonte. En particular, me ha parecido un ejemplo clarísimo de qué quiere decir «fijar como presencia las cosas presentes». Que la crisis existe lo sabemos todos, pero normalmente yo paso en seguida a las consecuencias: qué hacer, qué estrategia adoptar, cómo es mejor moverse, es decir, paso por encima del dato, paso rápidamente por lo que tengo delante y así no llegó a conocer su verdadera naturaleza. En cambio, el manifiesto empieza con un juicio claro [éste es el reto: la realidad es positiva, primero porque pone en marcha la persona; antes que cualquier estrategia, la crisis es un dato de hecho que me pone en marcha, por lo tanto, es una ocasión]. En el grupo de Escuela de comunidad, trabajando juntos sobre este manifiesto, tras una larga discusión, salió realmente claro que ante la crisis podemos tener dos reacciones. Una, mirar la crisis como una ocasión: en última instancia, la realidad es positiva y te pone en marcha; otra, la de quien se enfada y se rebela [y baja a la calle a protestar con violencia en contra de los Bancos]. En un momento determinado de la discusión, un amigo preguntó: pero, ¿cuál es la diferencia entre estas dos posiciones? ¿De dónde nace una posición como la que describe el manifiesto? Me pareció la pregunta decisiva, sobre todo porque puso de manifiesto que muchas veces tengo una mirada reducida ante la realidad que tengo delante. Aún teniendo presentes algunos hechos en los que me he visto con una postura de apertura ante la realidad, en ese momento, ante su pregunta, no habría sabido responder más que con teorías y me di cuenta de que, en el fondo, reducía la cuestión a una diferencia de actitud psicológica. Por tanto, yo también me planteo esa pregunta». Muchas veces pensamos que lo que dice el capítulo décimo de *El sentido religioso* es una especie de introspección psicológica, pero, ¿estamos locos? ¿No tenemos nada más que hacer? Estamos hablando de la naturaleza de la realidad, ¿no de una introspección psicológica! Estamos hablando de la naturaleza, tanto de la realidad como del yo. Cuando leemos lo que escribe Giussani: «Ir hasta al fondo de mi ser», lo confundimos con una especie de introspección psicológica, lo cual demuestra que estamos a por uvas nosotros, ¡nosotros, no los demás!

Entonces, ¿cuál es el punto, como dice esta carta, más revolucionario y decisivo del documento «La crisis: un desafío para cambiar»? El que está al comienzo, donde se propone

y se muestra ese cambio de perspectiva, de concepción, que es el contenido del capítulo décimo de *El sentido religioso* y de la Jornada de apertura de curso: la realidad es positiva. Pero, como se desprende de los primeros diálogos que hemos tenido, la realidad no es positiva para todos, tanto es así que basta con que aparezca una objeción para poner en entredicho todo, o para dudar, para empezar a fluctuar, como acabamos de ver; entonces, uno se defiende de la realidad, la maldice, la inculpa y quisiera huir lejos, negarla, si fuera posible, y esconderse. El verdadero desafío, en cambio, es éste: ¿Por qué nosotros podemos decir que la realidad es positiva? Si no podemos llegar a decirlo con convicción, delante de la crisis nos quedaremos callados, ¡mudos! Nos sumaremos al cortejo de las quejas – ¡espero que no al de la violencia, pero al de las quejas sí! –. En esta ocasión se demuestra que no llegaremos a ser una presencia si no afrontamos, cada cual personalmente, y juntos, como comunidad, el desafío de la realidad, el reto que supone la crisis. De lo contrario, ante nuestros compañeros, colegas o amigos que han perdido el trabajo y pasan por muchos apuros, no abriremos la boca, porque no sabremos qué decirles. Entonces lo que es urgente para cada uno de nosotros es responder a la pregunta: ¿Por qué nosotros podemos decir que la realidad es positiva? ¡Cuidado! No se trata de una interpretación “católica” de la realidad, como si dijéramos: puesto que tenemos un cierto punto de partida, una idea previa, un juicio religioso previo, interpretamos la realidad como positiva, aunque en efecto sea negativa; por ello, no lo podemos afirmar ante cualquier persona, porque otros no comparten nuestra fe; otros, que no tienen nuestro mismo punto de partida, interpretan la realidad diversamente y pueden permitirse decir que la realidad es negativa, esto es, pueden llamar al pan, pan; y al vino, vino, porque no están obligados a decir lo contrario por su ideología. No. Éste es el desafío: no se trata de “bautizar” la realidad, sino de reconocer su verdadera naturaleza. Por tanto, el juicio que damos sobre la crisis demuestra si lo que estamos diciendo, trabajando sobre el capítulo décimo de *El sentido religioso* o la Jornada de apertura de curso, es algo interno – para gente particular, para “expertos”, para los que están ya en el rebaño –, y ante la realidad concreta no podemos decir estas cosas, tenemos que decir otras. Ahora hemos impreso un manifiesto público que enjuicia la crisis a partir de esos textos. Este juicio, ¿se sostiene o no? Si no se sostiene, no se sostiene sólo el juicio del manifiesto, no se sostiene la Apertura de curso ni tampoco el capítulo décimo de *El sentido religioso*, ¿lo entendéis? Entonces, éste es el desafío que don Giussani y el Papa nos lanzan, ésta es la batalla: ¿Es cierto o no que la realidad es positiva? Queda claro que a esto no podemos responder simplemente con nuestros discursitos o con una compañía sentimental. O con una manera de estar juntos que nos ahorre a cada uno un uso adecuado de la razón. Esto no significa que tengamos que hacerlo aisladamente; tenemos que acompañarnos a hacerlo, pero debe ser una compañía que nos ayude en un trabajo personal, porque de lo contrario no podremos mantenernos de pie ante la crisis. Nosotros no “bautizamos” o “rebautizamos” nada; lo que está en juego es el reconocimiento de la naturaleza última de la realidad por parte de la razón. Todo lo que existe, todo lo que sucede, lo permite de alguna manera el Misterio – porque todo tiene su origen en aquel Tú misterioso –, por el mismo hecho de que ha acontecido, supone una provocación para nuestra vida, es decir, una indicación para cambiar, la ocasión

para dar un paso hacia nuestro destino, un instrumento para que caminemos, en fin, digámoslo, un signo: la realidad es un signo. Ésta es la naturaleza última de la realidad, y lo que la crisis nos plantea a todos es el reto que supone reconocerlo. Un desafío para nosotros y para los demás, porque es un desafío para todos.

El manifiesto habla de la tradición judeocristiana que ha reconocido siempre la realidad, en última instancia, positiva. ¿Esto significa que nosotros añadimos algo en base a nuestra tradición? No. Significa que nuestra tradición, nuestra fe, al volver a despertar el sentido religioso, al avivar nuestra razón, al avivar nuestra capacidad de estar ante la realidad y de tratarla según su verdadera naturaleza, nos permite percibir la realidad como positiva, porque es positiva. Lo cual es muy distinto a añadir algo a la realidad como fuéramos unos visionarios. El hecho de que la fe vuelva a despertar el sentido religioso nos permite percibir la realidad según su verdadera naturaleza. La realidad es ontológicamente positiva. El problema es que nosotros cedemos a la tentación de entender de manera sentimental o moralista esta afirmación: «La realidad es positiva», como si positiva significara deseable o agradable. Y ya que existen circunstancias, datos que no podemos percibir como deseables, entonces nos parece una trampa, o un juego sucio, decir que la realidad es positiva. ¿Por qué? Si no llegamos a mirar una hoja presente como presencia, o una enfermedad como presencia, o cualquier cosa como la presencia de un Tú que está en su origen, no lograremos decir que la realidad es positiva. Por ello, si reducimos la realidad a apariencia, no podemos decir que es positiva, como me comentaba hace poco un amigo a raíz de la muerte de Marco Simoncelli, el corredor de motos que ha muerto durante una competición. Ante una amiga que hacía una broma sobre su muerte, una monja que estaba allí dijo: «¿Es una desgracia que haya muerto, o es una fortuna que alguien pueda alcanzar la meta de su vida?». En nuestra manera de reaccionar ante una desgracia salta a la vista nuestra actitud. No es que uno desee la muerte –nadie conoce el designio de Dios –, pero, ¿estamos seguros de que ha llegado a la meta o pensamos que sólo ha sido una desgracia? Si no tenemos respuesta para Simoncelli, tampoco la tenemos para nosotros mismos y nuestros seres queridos, ni para nuestros enfermos. La realidad es positiva porque existe. En cuanto existe, la realidad es una provocación, un signo y, por lo tanto, es una ocasión de cambio, de ser rescatados de nuestro adormecimiento. Como decía antes nuestra amiga, que es profesora, la enfermedad puede ser la ocasión de volver a despertar de tal manera que uno ve nacer frutos inesperados, sorprendentes, como ella nos contaba. Pero un reconocimiento de este tipo, reconocer la realidad por lo que es, ¿qué implica? Implica un uso de la razón según su verdadera naturaleza, según su capacidad de conocer la realidad en todos sus factores; un uso verdadero y completo de la razón, porque la razón está hecha para captar la realidad como un dato vibrante de un atractivo, como una provocación, como una indicación. Sin embargo, por nuestra fragilidad y por el condicionamiento del contexto, por el poder que nos rodea, este uso de la razón muchas veces está alterado (lo describía la carta que hemos leído). ¿Cuál es la ayuda que vino a traernos Jesucristo? Puesto que nos encontramos en esta situación existencial, Cristo se encarnó, se hizo hombre, no para ahorrarnos este trabajo de la razón, sino para hacerse compañero nuestro en el camino, para volver a despertar toda la posibilidad que tiene nuestra

razón de reconocer la realidad por lo que es. Cuando Giussani dice que Cristo ha venido – como dijimos el 26 de enero – para volver a despertar el sentido religioso, está diciendo que vino para que pudiéramos ser hombres capaces de mirar la realidad según su verdadera naturaleza, sin ser unos visionarios. Pues bien, si hacemos este trabajo, podemos dialogar con todos; de lo contrario, sólo dialogaremos con nuestro ombligo, en nuestra habitación cerrada, porque tendremos miedo de hablar con los demás. Por ello, no perdamos de vista que estamos haciendo el mismo recorrido desde el 26 de enero. Ahora vemos por qué el sentido religioso vivido así – y el modo de usar la razón es un signo patente de ello, así como el modo de mirar la realidad es otro signo – es la verificación de la fe, porque si delante de estas situaciones no vivimos la realidad según su verdadera naturaleza, quiere decir que a la fe, a nuestra fe – como decía don Giussani – le falta el sentido religioso, que nuestra fe no es capaz de volver a despertar lo humano. ¿A quién le importa una fe que no es capaz de volver a despertar humano, de salvar lo humano? Es más un estorbo que una ayuda. Por ello, nos interesa comprobar que este manifiesto es un instrumento para entrar en la realidad. No comprobamos la verdad de nuestra fe sólo en la Escuela de comunidad, sino entrando en la realidad, hablando de la crisis con los de más, con todos. Por tanto, queremos utilizar este manifiesto para una batalla cultural pública, de CL en cuanto movimiento, como una muestra de nuestro modo de estar ante la realidad, de dar nuestra contribución a los compañeros, a los amigos, para llevar la esperanza que nos anima, una esperanza que no podemos llevar razonablemente en un contexto como el actual sin un uso verdadero de nuestra razón. No podemos ser creíbles sólo siendo “devotos”, sino siendo verdaderamente hombres capaces de usar la razón de modo verdadero, como sucede con el Papa, que va al parlamento alemán y desafía a todos con una manera distinta de usar la razón. Nuestra contribución sólo será decisiva si la inteligencia de la fe se convierte en inteligencia de la realidad. De contrario, a lo mejor no nos meten en la cárcel, pero seremos hombres insignificantes para nuestra sociedad. Este compromiso no se agota a corto plazo, sino que nos acompañará durante los próximos meses. Hemos pensado este manifiesto para ayudarnos, y ayudar a todo el que quiera, a encontrar las razones adecuadas para afrontar esta crisis como un desafío para cambiar, para volver a encontrar la esperanza que todos necesitamos. Esta contribución sólo pueden darla los cristianos, porque ya veis lo que les pasa a todos los demás. El juicio que propone el manifiesto es que el impulso de la persona, la energía de cada uno, es un bien para todos, porque la energía del yo no se agota en sí misma, sino que crea un pueblo. La historia de Italia lo demuestra claramente, como vimos en la exposición sobre los “150 años de subsidiariedad”. En la historia de Italia, en situaciones mucho peores que la actual, las personas se juntaron y crearon lo que es Italia. Entonces, fue posible. Lo que proponemos es muy realista, la experiencia de 150 años lo demuestra, conlleva un mayor realismo que cualquier teoría. Sugerimos que los actos públicos, promovidos directamente por el movimiento, se asocien a la exposición sobre los “150 años de subsidiariedad”. Como ejemplo para todos y como sugerencia para otros actos públicos que os invitamos a organizar en vuestras ciudades, celebraremos un primer acto en Milán, el **viernes 4 de noviembre**, a las **21 horas**, en el **Mediolanum Forum Assago**, para proponer a todos el

contenido del manifiesto como un ejemplo para cada uno de vosotros y para vuestras comunidades. Luego, ya veréis cómo proponerlo en cada situación particular.

Está disponible en App Store la aplicación del Cancionero, libro verde, para iPhone, iPad e iPod touch.

Pronto estará disponible también El libro de las horas.

Para finalizar, recemos juntos por el encuentro que tendremos mañana con el Papa y con los representantes de las demás religiones en Asís.

Veni Sancte Spiritus